
Bryce, Trevor, *The Kingdom of the Hittites*, Oxford University Press, Oxford, 2005 (2ª Edición Revisada); 554 pp.

Realizamos este comentario al libro del profesor Trevor Bryce a partir de la segunda edición inglesa del año 2005. Esta opción se basa en la actualización que el autor hiciera con respecto a la primera edición de 1998, tal como se puede apreciar en el tratamiento de varios temas, a partir de los nuevos resultados alcanzados en los estudios históricos, filológicos y arqueológicos. La incorporación de estos, con sus respectivas discusiones y polémicas respecto de las distintas características del 'Imperio' de los hititas, amerita, a nuestro juicio, una nueva reseña de este texto¹.

Este libro contiene una visión sobre la totalidad de la historia del reino hitita desde un punto de vista cronológico, esto es, desde el asentamiento de los hititas en el territorio anatólico (III y II milenio a.C.) hasta su derrumbe final en una fecha cercana al 1200 a.C. El hilo que le permite seguir esta secuencia cronológica es el de la política, ordenando los catorce capítulos de acuerdo al gobierno de sus reyes.

Dentro de la diversidad de fuentes que permiten un estudio de este tipo, Bryce privilegia aquellas escritas, especialmente los registros reales de los acontecimientos ocurridos durante el gobierno de los monarcas, los acuerdos establecidos con las distintas poblaciones del reino, así como con sus vecinos, donde destacan los distintos escritos intercambiados con Egipto, especialmente con los faraones de la XIX dinastía en general, y con Ramsés II en particular. Por último se presta atención a las comunicaciones familiares derivadas del ejercicio de un gobierno en el que participaban varios miembros de la familia real, muchas veces encargados del control de territorios que se encontraban alejados de Hattusa, la capital. No obstante lo señalado hasta aquí, Bryce se muestra interiorizado de los resultados –ya sean definitivos (pocos) o parciales (la gran mayoría)– de la actividad arqueológica que se desarrolla en la zona. Las noticias históricas que entregan las imágenes artísticas son poco utilizadas en esta ocasión por el autor².

Cabe hacer una mención al momento de comentar la ya señalada opción por las fuentes escritas, una que dice relación con los resultados proporcionados por la arqueología hasta este momento. Junto a los vacíos o falta de resultados en relación a varios aspectos centrales de los hititas, se encuentra la espinuda cuestión de las conclusiones tan dispares

¹ La primera edición fue traducida al castellano bajo el título *El Reino de los Hititas*, Editorial Cátedra, Madrid, 2001. Una reseña a este libro –no muy sustantiva– se encuentra en *Gerión*, Universidad Complutense de Madrid, 20, 2002, pp. 595 y ss.

² También autor de BRYCE, T., *Life and Society in the Hittite World*, Oxford University Press, Oxford, 2002. En esta obra hace una presentación particularizada de los distintos sectores o grupos de la sociedad hitita, tales como los agricultores, escribas, guerreros y otros. Allí hace un uso abundante de las imágenes generadas por dicha sociedad, así como por aquellas realizadas en otros ambientes sobre los hititas, tal como es el caso de las egipcias.

y contrapuestas a las que llegan los especialistas en este campo. El hecho de que la mayor parte de las excavaciones estén en curso, y que los nuevos hallazgos vengán a modificar las impresiones que se tenían hasta ese momento, hace que se propongan lecturas muy distintas de los restos. Se puede agregar que estos son escasos y difíciles de interpretar. El caso de la ciudad de Troya, un reino vasallo ubicado en la parte noroccidental del Imperio, ilustra muy bien los dos aspectos que estamos señalando. Por una parte, a partir del año 2002, se ha producido un intenso debate entre arqueólogos e historiadores respecto de la dimensión e importancia que alcanzó la ciudad entre los siglos XIV y XIII. Mientras unos, Korfmann y su equipo, ampliamente difundidos a nivel mundial por J. Latacz, señalan haber sacado a la luz los restos de una ciudad importante en términos de extensión, población y actividad comercial, otros han visto en esos resultados una exageración y los efectos de una tendencia compulsiva a dar por ciertos resultados que difícilmente pueden encontrar sustento en los restos arqueológicos de los cuales se dispone. Por otra parte, la discusión se lleva adelante a partir de los pocos restos que han sido efectivamente encontrados —entre los que sigue pensando no haberse topado con un archivo troyano—, tal como puede apreciarlo con toda claridad quien visite el lugar.

Una característica central de este reino, y que se mantendrá durante toda su historia, radicó en que fue establecido por un pueblo con una reducida población. Desde su centro en Anatolia se expandió hacia el norte (a los pueblos gasgas), hacia el occidente (toda la costa oriental del Mar Egeo) y hacia la Siria Septentrional, encontrando en este último espacio a una variedad de pueblos fuertes y con una larga tradición administrativa y militar, además de otros que formaban parte del área de influencia egipcia. De allí que los hititas no tuvieran nunca la fuerza suficiente para mantener sometidas a las distintas partes de su Imperio, debiendo, de acuerdo a las circunstancias, negociar con unos para poder concentrar sus fuerzas en las zonas más conflictivas, o intentar operaciones masivas que les permitiesen solucionar de raíz el conflicto en una zona determinada. Esto último, más allá de los varios intentos, pocas veces pudo concretarse. En este contexto se entenderá bien la importancia que alcanzó la diplomacia hitita, tal como indicaremos más adelante.

Para Bryce el plano político y militar, caracterizado por el gobierno de reyes que estuvieron en sus cargos durante largos períodos, constituye un adecuado filón para aproximarse a esta historia. Los extensos gobiernos de reyes concentrados en sus labores no resultaron suficientes para otorgar una mayor estabilidad al reino, dado que cada uno debió enfrentar una serie de problemas crónicos que resurgían con urgencia extrema cada cierto tiempo.

Quizás el más grave, señala Bryce, fuese la cuestión sucesoria. Es un hecho que los sucesores eran buscados dentro de la familia gobernante, pero esta era amplia y por lo tanto eran varios los aspirantes cada vez que se presentaba la ocasión. Debe agregarse el hecho de que el gobierno sobre un territorio tan vasto como el controlado por los hititas, hacía que el rey fuese encargando a sus hijos, sobrinos y otro tipo de parientes, la administración de algunas zonas, con lo cual cada uno iba desarrollando una carrera cuyos logros le parecían significativos a la hora de pretender «legítimamente» la corona vacante.

Los problemas relacionados con la sucesión fueron lo suficientemente importantes como para generar problemas que afectaban las relaciones al interior del reino, pero también para

hacer entrar en crisis el delicado equilibrio que los hititas mantenían con los reinos vecinos y con Egipto. Un ejemplo de la dimensión de estos problemas se puede apreciar luego de la muerte de Muwatalli II (tuvo un largo gobierno entre el 1295 y el 1272). Contrariamente a lo que se esperaba, designó como sucesor a su hijo Urhi-Teshub (solo se mantuvo en el poder entre el 1271 y el 1267), quien fue derrocado por Hattusili III (gobernó largamente entre el 1267 y el 1237). Urhi-Teshub encontró exilio en el Egipto gobernado por Ramsés II, quien utilizó a esta suerte de huésped como una carta de presión sobre el gobierno hitita, haciendo ver cada cierto tiempo y de acuerdo a las conveniencias, que en su suelo habitaba el legítimo rey hitita. Toda esta situación se daba en un contexto de relaciones muy complejas con Egipto, las que habían llegado a tener su punto de conflicto más alto solo pocos años antes en la batalla de Kadesh (1274). Una buena parte de la política y energías de Hattusili III estuvieron destinadas a consolidar su legitimidad ante los otros gobernantes del Medio Oriente. Bryce, en el capítulo 11, titulado «Hatti and the World of International Diplomacy: the Reign of Hattusili III (c. 1267-1237)», identifica con precisión cómo una serie de medidas, incluso internas, del gobierno de este rey tuvieron como objetivo revertir el cuestionamiento internacional derivado de su golpe de Estado.

Otro frente de problemas constante era el generado por algunas poblaciones del reino. A este respecto se ha planteado un tema que aún no ha sido resuelto: ¿fueron éstas poblaciones del reino hitita que con frecuencia entraron en rebelión, o fueron grupos que nunca reconocieron pertenecer a un imperio y que, por lo tanto, lucharon de manera constante por mantenerse independientes? Nos parece que bajo esta última categoría se puede comprender a los gasgas, quienes habitaban al norte de Hattusa y hasta las riberas del mar Negro. De manera constante estos desarrollaban acciones militares bien concertadas y bastante efectivas contra los hititas, tanto en su territorio como en contra de otros espacios que, en más de una ocasión, llegaron a afectar hasta a la capital misma del Imperio, tal como sucediera en los inicios del reinado de Tudhaliya III (*circa* 1360), ocasión en la cual «Hattusa fue capturada y arrasada por el fuego», precipitando con ello «la crisis más grave que debió enfrentar el reino antes de su colapso final unos dos siglos después» (pp. 145-145). Durante el largo período posterior en que se mantuvo el reino hitita, se registró una cantidad alta de expediciones punitivas en contra de los gasgas, cuyos escasos o parciales logros quedan en evidencia al señalar que un último ataque suyo puede haber sido decisivo –según varios estudiosos– en la desaparición final de un reino hitita debilitado a ese punto por una variedad de factores.

Las poblaciones de los territorios de la parte occidental del reino, esto es, aquellos que se ubicaban en las cercanías, así como en la costa misma del Mar Egeo (Lukka, Milawara, la Tierra del Río Seha y Wilusa, especialmente) también constituyeron una fuente de conflictos constantes con el reino. Esta situación se diferencia con la anterior porque Hattusa buscó, como política general, establecer acuerdos diplomáticos que garantizaran una convivencia pacífica, optando en varios casos por potenciar a algunos de estos reinos vasallos cuya fidelidad no les mereciera reparos, a fin de que representase el poder hitita en la zona. Esta ordenación no excluyó la presencia militar de los hititas en aquellas ocasiones en que consideró que su poderío aparecía abiertamente amenazado.

En algún punto la situación de los gasgas y la de los reinos de la parte occidental tenía algo en común: ninguno de los dos se encontraba en el centro de intereses de un Imperio cuya orientación principal apuntaba en dirección a las tierras del Oriente Cercano y Medio, lo que lo llevaba de manera inevitable a encontrarse con la zona de influencia que mantenía Egipto en dichos lugares. Es probable que fuese debido a esto que los gobiernos hititas no lograron concentrar sus fuerzas de manera constante para intentar una solución definitiva en estos lugares limítrofes.

La orientación del reino hitita hacia el oriente fue, antes que nada, una cuestión de la búsqueda de aquellos recursos minerales para la producción del bronce, con el cual, y quizás huelga decirlo, se accedía a la 'modernidad' de aquella época: «Como hemos notado, las comunidades anatólicas dependían parcial o totalmente de importaciones externas de estaño para la fabricación del bronce. Para las comunidades anatólicas del centro y del este, la única fuente fiable de abastecimiento era Asiria» (p. 27). El volumen de esta importación y su importancia resultan evidentes si se tiene en cuenta que «Los textos disponibles nos indican una importación de unas 80 toneladas de estaño para un periodo levemente superior a cincuenta años, los cuales habrían sido usados en la producción de unas 800 toneladas de bronce» (p. 27). El estaño comercializado por los asirios provenía del sudoeste de Irán, con lo cual se advierte que la llegada de este producto vital a Anatolia central era el resultado final de una extensa 'carretera comercial' que cruzaba por dilatados y complejos territorios. La política hitita buscó de manera permanente consolidar esta vía y asegurarse el intercambio. Según los diferentes momentos, los gobiernos buscaron acuerdos diplomáticos con los reinos que se ubicaban entre Hattusa y las fuentes del estaño, mientras que en otras procedieron por la vía del enfrentamiento y el dominio. Como siempre sucede, destacar este aspecto no significa concederle la categoría de único, puesto que también coexistieron otros problemas con los reinos en cuestión. Un aspecto a tener en cuenta radica en que, durante la Edad del Bronce, la solución de conflictos entre los reinos implicaba guerras en la gran mayoría de los casos.

El control de poblaciones centralizadas en lo político y militar, tales como las de Carchemish, Mitanni, Ugarit, entre otras, que se encontraban al sur del Imperio hitita, exigió la concentración en la zona de la mayor parte de recursos humanos, militares y económicos. El traslado de la capital desde Hattusa a Tarhuntassa durante el gobierno de Muwatalli II (1295-1274), si bien fue temporal, evidencia la conveniencia sentida por dicho rey de contar con una capital ubicada en las cercanías de la zona donde se desarrollaban los conflictos mayores y decisivos del Imperio. El ejemplo puede ser extremo, pero sirve para poner en relieve que hubo muchas otras medidas menos espectaculares que confirman lo señalado. En todo caso, aquí como en los otros escenarios, los hititas no lograron nunca resultados decisivos. Más bien su presencia en la zona sur de su Imperio también estuvo signada por avances temporales y reveses que se daban de manera regular, lo cual significó en definitiva que los grandes problemas terminaron por no tener una solución.

Respecto de estos conflictos es que resulta posible anotar una tercera fuente de tensiones constantes en el reino hitita. Tal es el caso de aquellos referidos a la administración. La postura de Bryce a este respecto puede formularse a través de la siguiente pregunta:

¿cómo fue posible que un Imperio con una población dominadora tan reducida (hititas) pudiese someter y gobernar territorios tan amplios por un espacio cercano a los tres siglos? La respuesta plantea que si bien el problema del escaso número de funcionarios (lo que se extiende también a los soldados) no llegó nunca a tener una solución, los gobernantes, como compensación, aprovecharon al máximo y de manera brillante los insuficientes funcionarios de los que disponían. Esta afirmación se sostiene en el grado de interconexión que llegó a alcanzar el reino y en el desarrollo de una diplomacia en la que los hititas «estuvieron claramente en la vanguardia de los pueblos del mundo antiguo» (p. 373).

El reino de los hititas fue una estructura de dominio y gobierno centralizada. Esta política fue constante en todos los reyes y no se registra un solo caso en que se haya planteado una forma de organización imperial distinta. Más de alguien podría poner reparos y argumentar que en algunos momentos los reyes llevaron adelante una política para establecer «virreinatos», tal como lo muestra especialmente el caso de Suppiluliuma I (c. 1350-1322). En efecto, hacia el 1330, en el contexto de la consolidación del control y del poder sobre toda Anatolia y el norte de Siria, además de los primeros choques entre hititas y egipcios, el rey potenció a estos colaboradores que lo representaron en el ejercicio de muchas de sus funciones más importantes, pero el proyecto no incluyó nunca una idea de federación o participación administrativa. Por su parte, estos «virreyes» tampoco promovieron o encabezaron movimientos centrífugos con respecto al rey. Existe un consenso entre los historiadores con respecto a esta última característica, tal como lo destacara Juan Manuel González en un artículo publicado en la revista *Gerión* en el año 2003³.

Las fuentes escritas de los hititas, a cuya importancia ya hicimos una referencia al principio de esta reseña, evidencian el trabajo constante, ordenado y centralizador de la administración. Una importante cantidad de documentos provenientes de las manos de los escribas permiten reconstruir lo que era el sistema administrativo desde el centro hacia la periferia, así como también conocer con cierto grado de certeza las formas en que esta llegaba y se implementaba en pequeños centros y distantes de la ciudad capital de Hattusa. La rica y compleja red de escribas, con una completa educación, bilingüe en muchos casos, reunidos en oficinas especializadas y distribuidos a lo largo de todo el territorio, constituye un buen reflejo de lo que hemos venido señalando. Bryce, en la otra de sus obras que mencionamos en este comentario, *Life and Society in the Hittite World*, entrega un sobresaliente capítulo dedicado a los escribas (pp. 56-71).

A los logros que se advierten en el plano administrativo pueden agregarse los ya mencionados en el campo de las relaciones a través de la diplomacia hitita. Cabe consignar, una vez más, que la carencia de una superioridad militar que pudiese dar un giro decisivo a las situaciones planteadas en el territorio de Anatolia, resultó ser un estímulo permanente para la búsqueda de relación diplomática con algunos Estados vasallos. Como tendremos oportunidad de comentar más adelante, las relaciones entre el reino de Troya y el Imperio

³ GONZÁLEZ, J. M., «El Imperio Hitita. Características Esenciales y Cauces del Desarrollo de una Organización Imperial hegemónica en el Oriente Próximo (II Milenio a.C.)», en *Gerión*, 21, 2003, pp. 11-25. Se trata de una interesante visión de conjunto sobre los aspectos centrales del Imperio hitita.

se van a enmarcar dentro de este tipo. De entre los varios tratados que han llegado hasta nuestros días, algunos completos y otros fragmentados, resulta especialmente ilustrativo el llamado *Tratado de Alaksandu*, firmado entre el rey hitita Muwatalli II y este rey del pequeño, comparativamente, territorio de Troya: «Muwatalli puso de relieve, en el tratado, la destacada lealtad que había tenido Wilusa [Troya] en el pasado, especialmente por parte de su rey Kukkuni, y las obligaciones de su actual gobernante llamado a actuar como un perro guardián de los intereses hititas en el Occidente, así como de proveer refuerzos en el evento de que un ejército hitita en la región lo requiriese» (p. 226). En otra de las especificaciones, Alaksandu es convocado a aportar soldados en caso de que el Rey hitita los necesitara para enfrentar la demandante situación a la que se enfrentaba en Siria.

A este punto podemos extraer una de las conclusiones más importantes que aporta este libro de Bryce: el reino de los hititas formó parte de un espacio geográfico y de un tiempo histórico que estaba mucho más interrelacionado de lo que habitualmente se ha supuesto. Sus acciones y decisiones, por una parte; su sistema político, religioso y cultural, por la otra, son el resultado de un movimiento interno –iniciado con la conquista y dominio del vasto territorio imperial por parte de Hattusa–, pero también producto de los contactos con una variedad de pueblos y culturas. Este camino también se puede rastrear si nos aproximamos a la historia de cada uno de los reinos con los que los hititas establecieron contacto. Como ha sucedido en tantas ocasiones a lo largo de la historia, su presencia y permanencia en tierras mesopotámicas y sirias por largos períodos, tuvo una influencia decisiva en la conformación de aquello –sea lo que sea– que llamamos hititas.

Dentro de la vastedad del Imperio hitita y de sus zonas de influencia se encontraba el reino de Troya. Acabamos de señalar que su relación con el centro del poder era la de un reino vasallo, lo que en esa circunstancia significaba independencia política regulada mediante tratados establecidos entre un socio fuerte y otro más débil. En todo caso, para Troya, junto a sus deberes, estos acuerdos diplomáticos implicaban protección ante sus vecinos inmediatos como también ante aquellos que provenían de la otra orilla del Mar Egeo, los griegos micénicos, específicamente. Troya, entonces, habría formado parte del sistema hitita y su supervivencia habría estado siempre asociada a este hecho. El punto es importante porque estamos hablando de la misma ciudad y del mismo período en que una leyenda, transmitida por la tradición griega, ubica y refiere la Guerra de Troya.

La leyenda según la cual los reinos micénicos de Grecia habrían atacado Troya para vengar el rapto de la reina de una de sus ciudades (Helena) por un tal Alejandro (Alaksandu, no el del tratado, ciertamente, sino otro que viene a demostrar lo extendido del nombre), ha tenido una enorme recepción en todos los tiempos de la historia. En esto ha sido decisivo que el relato de la guerra fuese, en algún momento, puesto por escrito en la *Ilíada*, un texto que hasta hoy se considera fundacional de nuestra cultura. El enorme interés que ha despertado el poema homérico, así como el desconocimiento de la existencia de la cultura hitita hasta los inicios del siglo XX, incidieron en que la versión griega del conflicto resultase indiscutida. Por otra parte, los resultados arqueológicos alcanzados hacia fines del siglo XIX, marcados por la enorme figura de Schliemann, tendieron a confirmar la veracidad de la fuente y a sumarle valor en cuanto ella contenía una serie de indicaciones precisas

que permitieron ubicar el sitio de la ciudad, y más aun, identificar la «Troya homérica» en medio de los restos de varias ciudades que se levantaron en el mismo territorio a través de los siglos. El núcleo central de la tradición griega arranca del rapto de Helena en uno de los viajes de los troyanos a Grecia (se deduce que había alguna forma de contacto regular entre ambos). La respuesta de los griegos habría sido una única y extensa guerra (10 años) contra una ciudad ordenada a la griega y sin mayor relación con un entorno amplio. El resultado habría sido el triunfo de los griegos mediante la astucia y no debido a una superioridad militar (estratagema del caballo de Troya). La destrucción completa de la ciudad mediante el fuego, la muerte de la mayor parte de sus habitantes y el abandono del territorio por parte de los sobrevivientes, habría constituido el último capítulo de la lucha. Estos últimos aspectos no figuran en la *Ilíada*.

Las fuentes hititas, no muy abundantes ni tampoco demasiado precisas, ponen en discusión esta versión en varios puntos. Indican en primer lugar una presencia micénica en las costas de Asia Menor, ya sea directamente o por relación con algunos reinos de la costa distintos a Troya, durante al menos dos siglos antes de que la supuesta guerra hubiese tenido lugar. Este hecho habría generado varios conflictos a lo largo de ese tiempo. Dada la dificultad adicional incorporada por los resultados de los trabajos arqueológicos más recientes, en cuanto a la dificultad de establecer una relación entre la probable «Troya de Homero» y la destrucción de dicho nivel por efecto de una guerra, se postula –y esta es la línea que sigue el autor– que la narración contenida en la *Ilíada* sea la cristalización para efectos literarios de una larga serie de conflictos entre los griegos micénicos y Troya. Cabe señalar que este tema es desarrollado por Trevor Bryce en un capítulo muy interesante y bien logrado, que se encuentra bajo el título «The Trojan War: Myth or Reality?», entre las páginas 357 y 371.

No obstante lo anterior, cabe preguntarse ¿por qué en la tradición griega figura la noticia de que finalmente Troya habría sido derrotada, ya fuese como producto de una guerra o de una serie de ellas? ¿Tiene esto algún asidero? Se puede contestar de manera parcial: aquella Troya que se identifica mayoritariamente con la «Homérica» –probablemente Troya VIIh– fue destruida, ya fuese por un movimiento sísmico o por la combinación de este con una invasión posterior. Pero no parece probable que su población haya despoblado el territorio. En todo caso, y esta es una afirmación que no se encuentra en Bryce, es probable que estos sucesos haya que relacionarlos con un suceso mayor, y bastante complejo, como es el de la caída y desaparición de la estructura de dominio imperial hitita.

Los momentos finales del Imperio son abordados de forma cauta, especialmente por el desconocimiento de la dimensión e impacto de varios de los factores que se combinaron en este hecho (invasiones de pueblos marítimos, una severa y decisiva crisis en la producción de alimentos, catástrofes naturales, una actividad sísmica de marca mayor, o la combinación de más de una o de todas las anteriores).

La noticia, en todo caso, es la siguiente: «Con el reino de Suppiluliuma II (1207-¿?), hemos llegado a las páginas finales del mando hitita en la Edad del Bronce en el Cercano Oriente. El reino sobre el cual Suppiluliuma y sus predecesores dominaron llegó, rápidamente, a un fin. Hattusa, la capital real, quedó en ruinas y su población fue dispersada. Esto es lo

que podemos concluir a partir de lo que indica la arqueología en relación a la degradación y abandono del sitio de Hattusa en los inicios del siglo XII, así como por la ausencia de cualquier evidencia que indique que Hattusa, base del reino de los hititas, continuara más allá del reino de Suppiluliuma» (p. 372).

Para Bryce lo más interesante consiste en preguntarse cómo fue posible que un reino como el de los hititas se mantuviera en pie durante tanto tiempo a pesar de las severas limitaciones a las cuales hemos hecho referencia en páginas anteriores. Las claves las encuentra en la capacidad política de sus gobernantes y de las elites que los secundaron. Agrega el hecho que ya hemos mencionado de su desarrollada y brillante diplomacia. Esto le permitió superar el promedio de tiempo que alcanzaron los otros reinos cercanos durante el mismo periodo. Por nuestra parte, podemos destacar que la falta de algunas fortalezas importantes en el Imperio hitita no fue privativa de esta sociedad; también, en una u otra medida, se hacía extensiva a sus vecinos. Si el Imperio nunca contó con recursos militares suficientes para dominar a otros en forma definitiva, tampoco hubo entre ellos, ya fuese en el nivel interno como en el externo, alguno que tuviese una superioridad que le permitiese derrotarlos. No se dio tampoco entre ellos un movimiento unitario que tuviese como objetivo la liquidación del enemigo común. La política de Egipto fue decisiva a este respecto, por cuanto sus intereses se dirigieron más bien a defender de manera celosa su área de influencia en la zona, sin pensar en extenderla en dirección al norte.

NICOLÁS CRUZ